

rompen esta dificultad, nunca llegarán al aprovechamiento que pretenden. Y este tercer paso de la via iluminativa, por lo menos ha de llegar á este punto de desear estos deseos; lo cual no será fuera de propósito decirlo con las palabras tan fervorosas y encendidas de nuestro santo Padre, con que en el capítulo cuarto del exámen declaró el espíritu que deseaba en esta parte en los hijos de la Compañía. Porque habiendo dicho las palabras que arriba referimos de los deseos de padecer injurias, falsos testimonios y ser tenidos por locos, añadió: *Por tanto sea interrogado si se halla en los tales deseos, tanto saludables y fructiferos para la perfeccion de su ánima. Donde por la nuestra flaqueza humana y propia miseria no se hallase en los tales deseos, así encendidos en el Señor nuestro, sea demandado si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos; si respondiere afirmativé, deseando hallarse en los tales deseos, y tan santos, para mejor venir al efecto de ellos, sea interrogado si se halla determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia mediante la divina gracia cuando quiera que las tales injurias, ilusiones y oprobios incluso en la tal librea de Cristo nuestro Señor, y cualesquier otros se le hiciesen, ahora sea por quien quiera dentro de la Casa ó Compañía (donde pretende obedecer humillarse y ganar la vida eterna), ahora sea fuera de ella por cualesquiera personas de esta vida, no dando á ninguno mal por mal, mas bien por mal. Para mejor venir á este tal grado de perfeccion tan precioso en la vida espiritual, su mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegacion y continua mortificacion en todas cosas posibles, y el nuestro ayudarle en ellas cuanto el Señor nuestro nos administrare su gracia, para mayor alabanza y gloria suya.*

¹ Exam., c. 4, § 44, 45 y 46.

Todas estas son palabras de nuestro santo Padre, por las cuales bien se ve el espíritu en que está fundada la Compañía.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA TERCERA DIFICULTAD DE LOS PROFICIENTES, Y QUE EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES HA DE EMPEZAR POR LA POBREZA Y POR LA HUMILDAD.

ENTRE otras dificultades que dijimos arriba que habia en esta segunda jornada de la via iluminativa, la primera, era la muchedumbre de virtudes que se habian de adquirir; y para esto ayudaba el primer propósito de cumplir las inspiraciones divinas, y de imitar á Cristo nuestro Señor. La segunda, era distinguir las virtudes verdaderas y sólidas, de las falsas y aparentes; y para esto la mejor regla era el segundo propósito de poner todo nuestro afecto en la cruz de Jesucristo, esto es, en su pobreza y humildad. La tercera dificultad era, reconocidas las verdaderas virtudes, que son las que se desvian del amor de la riqueza y honra mundana, y están purificadas y acrisoladas con el amor de la pobreza y humillacion, saber qué orden hemos de tener en el ejercicio de estas virtudes, esto es, por cuáles hemos de empezar, proseguir y acabar para no confundirnos y embarazarnos, atendiendo juntamente á todas. A esto se responde, que hemos de empezar por estas mismas

dos virtudes de la pobreza y humildad; porque además de ser sus actos más conocidos, los cuales en particular quedan arriba bastantemente declarados, tienen también tal correspondencia y trabazon con las demás virtudes, que ganadas éstas, se ganan con facilidad los demás; y esto es lo que hemos de probar en este lugar.

Primeramente que sea esta la mente de nuestro santo Padre, y que pretenda introducirnos por esta puerta á las demás virtudes, se colige claramente de dos lugares del ejercicio de las banderas. En el primero muestra, cómo el vicio de la soberbia es la puerta de todos los vicios. En el segundo, por el contrario, que la pobreza y la humildad nos introducen á todas las virtudes. Porque en el tercer punto de la primera parte de este ejercicio, donde pone el sermón que hace Lucifer á sus soldados, dice así ¹: *El tercero, considerar el sermón que les hace, y cómo los amonesta á echar redes y cadenas, que primero hayan de tentar de codicia de riquezas (como suele, ut plurimum) para que más fácilmente vengan á vano honor del mundo, y después á crecida soberbia. De manera, que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia; y de estos tres escalones induce á todos los otros vicios. ¿Qué cosa se pudo decir más clara para mostrar el orden que el demonio tiene en tentar y derribar en todos los vicios? Pues el contrario hemos de guardar nosotros en adquirir las virtudes. Y así en el tercer punto de la segunda parte donde pone el sermón de Cristo nuestro Señor, dice así ²: *El tercero, considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace á todos sus siervos y amigos que á tal jornada envía, encomendándoles que á todos quieran ayudar en traerlos primero á suma pobreza espiritual y si**

¹ 2.^a Semana. Dos banderas. — ² 2.^a Semana. *ibid.*

su divina Majestad fuere servido y los quisiere elegir, no menos á la pobreza actual. Segundo, á deseo de oprobios y menosprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad, de manera que sean tres escalones. El primero, pobreza contra riqueza. El segundo, oprobio y menosprecio contra el honor mundano. El tercero, humildad contra soberbia, y de estos tres escalones induzcan á todas las otras virtudes. Este sentimiento tenía el santo Padre tan arraigado en el corazón, que solo fué el principal motivo para procurar con tanto esfuerzo que los de la Compañía no pudiesen admitir obispados ni otras dignidades. Pondré aquí parte del razonamiento que sobre este punto hizo á la santidad del papa Julio III, como le pone el padre Pedro de Ribadeneira en el libro tercero de su historia, capítulo trece, que dice así:

Temo, beatísimo Padre, que por este camino perdamos el fruto de todos los trabajos con que nuestra Compañía hasta hoy por la misericordia de Dios, ha servido á su Iglesia; porque secándonos en la pobreza y la humildad, que son las raíces, ¿cómo no se caerán los frutos que con ella se sustentan? En grande peligro veo que nos ponen esta nueva planta, no querria que la codicia y ambición nos arranque todo lo que con la caridad y con el menosprecio del mundo hasta ahora ha crecido. Quiero decir, Padre santo, que algunos de los que sueltos de las cadenas del mundo, se han acogido al puerto de esta nuestra nueva Religión, que es hechura de vuestra Santidad, y que desean subir al cielo por los escalones de la pobreza y desprecio del mundo, por ventura volverán atrás viendo que se les cierran los caminos para lo que buscan, y se les abren otros para lo que vienen huyendo del mundo, etc. Y otras muchas y eficacísimas razones que va prosiguiendo allí para su intento. Estas he referido por usar en ellas de los mismos términos que en los lugares de

los ejercicios arriba referidos, donde á las riquezas llama redes y cadenas, y á la pobreza y humildad, escalones para subir al cielo y raíces de los frutos que ha dado nuestra Religión, como al contrario, la ambicion y la codicia lo son de todos los males.

Y que la avaricia sea raíz de todos los males, es comun tema sobre que los santos han declamado en varios lugares, y seria cosa superflua quererlo confirmar con sus testimonios; pues expresamente lo enseña san Pablo. «La raíz, dice ¹, de todos los males, es la codicia, que muchos por dejarse llevar de ella han perdido la fe, y se han enredado en varios cuidados y dolores.» Y dicese que es raíz de todos los males, ó porque las riquezas y el dinero (á quien obedecen todas las cosas) son instrumento y ayuda para cumplir cualquier gusto y cometer cualquier pecado; ó porque el apetito del dinero es tan vehemente que por alcanzarle no dudará uno de cometer cualquier culpa y maldad; pues dice el Eclesiástico ²: «Que los que están presos de esta aficion del dinero, hasta su misma alma la traen puesta en venta, y la dan por cualquier interés.» Añádese á esto, que porque los avarientos ponen toda su confianza en el dinero, son justamente desamparados de Dios para dejarlos caer en todo género de vicios. El mismo Apóstol dice ³: «Porque los gentiles habiendo conocido á Dios no le honraron y glorificaron, y dieron las debidas gracias, por eso los dejó oscurecer su entendimiento, y caer en todo género de torpezas, con que se deshonraron á sí mismos.» Y de la avaricia dice en otra parte ⁴, que es un género de idolatría. Porque, como agudamente dijo san

¹ 1 Tim. VI, 10. — ² Eccli. X, 10. — ³ Ad Rom. I, 21, 24. — ⁴ Ephes. V, 5.

Juan Crisóstomo sobre este lugar, lo que dijo el profeta y rey David ¹: «Los dioses de los gentiles son oro y plata;» sabiamente el apóstol san Pablo lo volvió del revés cuando dijo: «El oro y la plata son los dioses de los avarientos;» y muy particularmente lo son, no sólo porque los aman y estiman, sino mucho más porque en ellos tienen puesta toda su confianza. De esta idolatría se purgaba el santo Job cuando decia ²: «Si pensé que en el oro estaba mi fortaleza, y le dije, en tí tengo mi confianza;» y el Apóstol, esto sobre todo pide á los ricos de este siglo, que no pongan su confianza en el dinero; lo cual es cosa tan rara, que dice el Eclesiástico ³, que no será menos que hacer milagros. Pues si esta idolatría de los avarientos es en tanto deshonor de Dios, ¿qué maravilla que los castigue Dios dejándolos caer en todo género de males?

Pero al contrario son los pobres, que honran á Dios, reconocen su providencia, estriban en su fidelidad y esperan en su misericordia, y de esto dan testimonio, no con palabras solamente, sino con las obras, desarriándose de todo socorro y favor humano, como quien está persuadido que le basta el divino. A estos tales los honra Dios, no faltándoles en lo temporal, y enriqueciéndoles, principalmente de bienes espirituales; y por estas causas la primera pelea ha de ser contra la avaricia, y el primer cuidado de ejercitar la pobreza con que se dispone el ánima, á todas las virtudes. «Tú, hombre de Dios, dice el Apóstol ⁴, huye de estas cosas;» esto es, de la avaricia y de los vicios que se siguen de ella; y como quien queda libre y desembarazado para correr

¹ Ps. CXIII, 4. — ² Job XXXI, 24. — ³ Eccli. XXXI, 9. — ⁴ 1 Tim. VI, 11, 12.

en este campo de las virtudes; «camina en seguimiento de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia, de la mansedumbre, pelea bien la pelea de la fe, y gana la joya de la vida eterna;» que para todo esto te hallarás pronto y ligero, si no te dejas prender de las cadenas de la avaricia. Todo el Evangelio nos está predicando, que este es el primer paso de la perfeccion. El que halló el tesoro escondido y la margarita preciosa, lo primero que hizo fué vender toda su hacienda para comprarla ¹. Al mancebo que estaba contento porque desde su niñez habia guardado los mandamientos, le dijo el Salvador ²: «Si quieres pasar adelante y ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y ven, y sígueme.» Y porque le faltó el ánimo para ponerlo por obra, y á muchos les falta el tiempo de la ejecucion, les avisa en otra parte el Salvador ³, que miren bien el peso de este negocio que emprenden, los que quieren ser sus discípulos, porque no lo podrán ser si no es renunciando á todas las cosas que poseen; y sería cosa fea, ó no ser de verdad lo que profesan, ó no llevarlo adelante despues de haberlo empezado. Y ⁴ así como el quiere edificar alguna torre, ó algun gran palacio, considera primero el gasto, y mira si tiene para acabar el edificio, porque no se rian de él los que vieren que gastó su hacienda en lo que no pudo llevar hasta el cabo; y el rey que quiere hacer guerra á otro rey, mira primero sus fuerzas, y las compara con las de su contrario para ver si son tales que con ellas espere alcanzar la victoria; y generalmente todos los que emprenden alguna obra dificultosa, no se arrojan ligeramente sin apercibirse de fuerzas y de cau-

¹ Matth. XIII, 44-46. — ² Ibid. XIX, 21. — ³ Luc. XIV, 33. —
⁴ Ibid. 28-31.

dal; así tambien el que trata de la perfeccion evangélica, considere bien lo que hace, porque ha de renunciar todo lo que posee. Y porque muchos no aprenden esta dificultad como ella es, y piensan que entrar en la carrera de la perfeccion, es entrar en una devocion de mucho consuelo y de poco trabajo; así ponen despues tan poco esfuerzo, como aprendieron al principio que era menester, y al cabo no salen con nada.

Piense pues cada uno si quiere ser discípulo de Cristo, que ha de renunciar todas las cosas que posee, y que esta renunciacion para ser perfecta ha de llegar hasta perder el amor de la misma vida, y estar ofrecido y sacrificado á la muerte, pues dijo el mismo Señor ¹: «Si alguno viene á mí, y no aborrece su padre y madre, su mujer y sus hijos, sus hermanos y hermanas, y tambien su vida propia, no puede ser mi discípulo.» Y para subir á esta cumbre tan alta de perfeccion, se ha de tomar el principio, como notó san Basilio, de la santa pobreza, esto es, de la renunciacion de las cosas exteriores, como es de las posesiones, del aparato ambicioso de la familia, y del amor de otras cosas inútiles y sin provecho, como nos lo mostraron con su ejemplo los santos apóstoles Juan y Diego, que siendo llamados del Señor, dejaron á su padre y su navecilla y las redes en que tenian todo su sustento. Es pues la renunciacion, dice este Santo ², lo mismo que desatarse de las cadenas de esta vida temporal y terrena; es libertarse de los negocios humanos, con que quedamos más aptos y más prontos para entrar por el camino que nos ha de llevar á Dios; es un arbitrio muy breve y desembarazado para grangear otras riquezas de mucho mayor precio que el

¹ Luc. XIV, 26. — ² Basil. Regul. expl. interr. 8.

oro y que las piedras preciosas; y en suma es trasladar el corazon del hombre al trato y conversacion del cielo, de manera, que pueda ya decir: «Nuestra conversacion está en los cielos;» y lo que es mucho más que todo esto, es principio para alcanzar la semejanza de Jesucristo, el cual siendo como era rico, se hizo pobre por nosotros². Todo esto es de san Basilio, que no puede ser mejor comentario de lo que nuestro santo Padre enseña, que el primer escalon de los que sirven á Cristo es pobreza contra riqueza.

El segundo escalon, dice nuestro santo Padre³, que es oprobio ó menosprecio contra el honor mundano. El tercero, humildad contra soberbia; porque este ejercicio de la humildad y del menosprecio del honor mundano, y deseo de las injurias y afrentas, es uno de los ejercicios magistrales, que siendo uno solo, dispone y habilita á todas las virtudes; y así le deben abrazar los proficientes, no menos que el de la santa pobreza. Y es mucho de advertir, que estas dos virtudes están muy hermanadas y trabadas entre sí, y no menos los vicios contrarios. Porque la concupiscencia de los ojos sirve á la soberbia de la vida, y la codicia de los bienes temporales, sirve á la honra y estimacion de los hombres; porque todos adoran á este ídolo del dinero, y están sujetos y pendientes de él. Y es cosa muy ordinaria la que reprende Santiago cuando dice⁴: «Si entra un hombre con un anillo de oro en la mano y con vestidura preciosa, y entra un pobre con un hábito despreciado y vil, todos ponen los ojos en el que viene bien vestido, y le hacen cortesía y le dan cerca de sí el mejor

¹ Philipp. III, 20. — ² II Cor. VIII, 9. — ³ 2.^a Semana. Dos banderas. — ⁴ Jacob. II, 2, 3.

lugar, y al pobre le dirán: «apartaos allá mas lejos, ó sentaos aquí debajo de mis piés.» Y el Eclesiástico dice¹: «El rico si va á caer, sus amigos le sustentan. El pobre y humilde si cayere, sus mismos conocidos le arrojarán de sí. El rico si fuere engañado tiene muchos que vuelvan por él; hablará soberbiamente, y dirán que tiene razon: el humilde cuando es engañado, es tambien reprendido; hablará cuerdamente, y no dan lugar á sus razones. Habló el rico y callaron todos, y demás de eso levantaron lo que dijo hasta las nubes: habló el pobre, y dicen, ¿quién es éste? y si errare en algo le hundirán.» Esta honra y este respeto que se hace al rico y al bien vestido, les hace á muchos ser codiciosos, porque son soberbios, y hacer ostentacion de las riquezas que no tienen para ser honrados como si las tuviesen. Y por esto nuestro santo Padre muy advertidamente notó la trabazon y consecuencia que hay entre estos dos vicios, cuando dijo que Lucifer amonesta á los suyos²: *Que primero hayan de tentar de codicia de riquezas (como suele, ut in pluribus) para que más facilmente vengan á vano honor del mundo, y despues á crecida soberbia.* Y la misma hermandad halló entre la pobreza y humildad, haciendo escalon de la pobreza al desprecio del honor mundano, y de aquí á la humildad. Y el Eclesiástico en el lugar citado, al pobre llama el humilde, y nuestro Salvador al humilde le llamó pobre cuando dijo³: «Bienaventurados los pobres de espíritu.» Y el Eclesiástico hizo contraposicion de estas dos cosas cuando dijo⁴: «Así como para el soberbio es abominacion la humildad, así para el rico es abominacion el pobre.» De esta manera juntó tambien

¹ Eccli. XIII, 25-29. — ² 2.^a Sem. Dos band. — ³ Matth. V, 3. — ⁴ Eccli. XIII, 24.
CAM. ESP.—TOM. I. 22

David los pobres con los humildes cuando dijo ¹: No será desechado el humilde de tu presencia, ni quedará avergonzado y confundido: el pobre y necesitado alabarán tu santo nombre.

CAPÍTULO XXV.

PROSIGUESE EL MISMO INTENTO, Y DECLÁRANSE LOS TRES GRADOS DE HUMILDAD.

SIENDO esto así, y que las virtudes por donde han de empezar á ejercitarse los proficientes, son la pobreza y la humildad, como vamos declarando y probando, mucho es de considerar cómo nuestro santo Padre redujo el ejercicio de estas dos virtudes á una sola, debajo de nombre de humildad, de la cual puso tres grados antes de las elecciones. Y acerca de ellos para nuestro propósito se noten las cosas siguientes. La primera, que debajo de nombre de humildad, comprendió nuestro santo Padre ² la renunciacion perfecta en toda su latitud, que abraza el desprecio de la hacienda, de la honra y de la misma vida, porque en el primer grado dice: *Que así me humille á obedecer á la ley de Dios, que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, etc.* Y en el segundo grado dice: *Que no quiero, ni me afecto más á tener riqueza que pobre-*

¹ Ps. LXXIII, 21. — ² 2.^a Sem. Tres grad. de humild.

za, á querer honor que deshonor, á desear vida larga que corta, siendo igual servicio de nuestro Señor y salud de mi anima, etc. Y en el tercero dice: *Que siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente á Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores, etc.* De todo lo cual se saca, que debajo de este nombre de humildad entendió nuestro santo Padre una general renunciacion de todos los que son tenidos por bienes en este mundo; de lo cual, y no sólo de la hacienda, entienden muchos aquella sentencia de nuestro Salvador y Redentor ¹: «El que no renunciare todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.»

Lo segundo, se note cuán sólidamente trató el santo Padre de este ejercicio de humildad, y con qué afecto quiso que se ejercitase. Porque lo primero, llama humildad, sujetarse á todos los mandamientos quier divinos, quier humanos, que se ponen en nombre de Dios, y con autoridad del mismo Dios; y así dice ²: *La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna, es á saber, que así me abaje y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor, etc.* Porque de ánimo humilde es tenerse por obligado á obedecer, y darse á entender que hablan con él los mandamientos y las reglas y las ordenaciones. Y de ánimo soberbio y altivo es quebrar el yugo, romper las ataduras, y decir: No se hizo para mí el obedecer y servir. Así lo hizo Faraon cuando le intimó Moisés el mandamiento de Dios para que diese libertad á su pueblo. Porque diciéndole ³: «Esto dice el señor Dios de Israel; respondió: ¿Quién es el Señor para que yo obedezca á su

¹ Luc. XIV, 33. — ² 2.^a Sem. ut supra. — ³ Exod. V, 2.

voz y deje ir libre á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré libre á Israel.» *Sea pues el primer grado de humildad que así me abaje y humille; cuanto en mí sea posible, que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor, y que ningun mandamiento suyo haya tan pequeño, que yo no me tenga por mucho menor para sujetarme á él. Porque el que se levantara desdeñándose de cumplir uno de los mandamientos que los hombres juzgan por pequeños, y así lo enseñare, ese será humillado y dado por mínimo en el reino de los cielos; y el que se humillare cumpliendo los mandamientos más pequeños, y enseñando lo mismo á los demás, ese será ensalzado y tenido por grande en el reino de los cielos*¹.

Y si con tanta razon se llama humildad, y lo es, sujetarse á todos los mandamientos, por pequeños y menudos que parezcan, no menos se debe llamar humildad, y lo es, estar uno dispuesto en la razon de guardar cualquiera de estos mandamientos, á carecer de todas las riquezas y honras del mundo, y pasar pobreza y afrenta, etc. Lo cual no se puede hacer sin un ánimo verdaderamente humilde y despreciador de sí mismo, y que se contenta de estar en el postrer lugar entre los hombres. Y que esto sea humildad, no lo podrá negar sino quien no se hubiere visto en la ocasion; y para quien está en ella dice el Eclesiástico²: «Humilla tu corazón, y sufre todo lo que te sucediere (conviene á saber, de estas adversidades) admítelo y súfrete en tu dolor, y ten paciencia en tu humildad; porque el oro y la plata se prueban con el fuego, y los hombres aceptos á Dios con el fuego de la humillacion.» ¿Qué llama humillacion, sino lo que primero habia llamado humildad?

¹ Matth. V, 19. — ² Eccli. II, 2-5.

¿Y qué es esta humildad y humillacion, sino sujetarse á la pobreza y al desprecio de los hombres? Y de aquí es que el apóstol san Pablo llamó humildad aquella obediencia con que Cristo nuestro Señor se sujetó al mandamiento de su Padre, hasta sufrir una muerte tan llena de oprobios y de afrentas, de pobreza y desnudez. «Humillóse, dice¹, nuestro Señor Jesucristo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.» Verdaderamente la santa pobreza es hija legítima de la humildad; y así como de la humildad nace el amor de la pobreza, así cuando suceden ocasiones de pobreza, en ninguna cosa descansa más el espíritu que en el brazo y seno de la humildad. Porque, como muy bien dijo san Diadoco², así como los niños suelen con simplicidad de niños arrojar de sí el vestido y quedarse desnudos, y como están ajenos de toda malicia andan más alegres con su desnudez que con la variedad y riqueza de los vestidos preciosos; y las madres cuando los ven así desnudos, los recogen y abrigan, y los abrazan en su seno con muestras de mayor amor y regalo; esto mismo hace la humildad con los que se han desnudado por respeto de Jesucristo y de su santo Evangelio, porque escrito está³: «El Señor guarda á los pequeñuelos; yo me humillé y me hice uno de ellos, y el Señor me libró y me tomó debajo de su amparo.» Toda esta sentencia es de san Diadoco. De lo cual se concluye, que no pudo platicarse el ejercicio de la humildad más sólidamente, que reduciéndole á estas dos cabezas, que es sujetarme á todos los mandamientos divinos, en tanto grado, que por no quebrantarlos me sujete á toda pobreza, oprobios y menosprecios; y el fin de esto ha de ser para no cometer

¹ Philip. II, 8. — ² S. Diad. c. 63. — ³ Ps. CXIV, 6.

ningun pecado mortal ni venial deliberadamente, cuanto me fuere posible.

Lo tercero se ha de notar, que este ejercicio de humildad, de la manera que lo hemos declarado, juzgó nuestro santo Padre que habia de ser el primero en que se habian de ejercitar los que están en la via iluminativa. Porque no otra cosa quiso significar en la nota que está antes de estos tres grados de humildad, cuando dijo ¹: *Antes de entrar en las elecciones para hombre afectarse á la vera doctrina de Cristo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando á ratos por todo el dia, etc.* En que consiste la via iluminativa, en aficionarse á la verdadera doctrina de Jesucristo nuestro Señor, el cual es la luz verdadera, y en cuya doctrina se contiene lo más perfecto de todas las virtudes. Pues si estos grados de humildad ayudan para aficionarse á la doctrina de Cristo nuestro Señor, síguese claramente, que ayudan para alumbrar el entendimiento y para aficionar la voluntad á toda virtud; y que imprimir en el corazon estas tres maneras de humildad, tanto es como tomar en la mano una llave para entrar en lo más secreto del Evangelio, y para hacerse dueño de las riquezas que hay en él. Y así como para entrar en algun tesoro cerrado, lo primero es tomar la llave en la mano; así para entrar á los tesoros de la luz que hay en el Evangelio, lo primero es necesario ejercitarse en esta manera de humildad, que encierra el desprecio de las riquezas y de la honra, y es lo mismo que dijo nuestro Salvador ²: «Que no ha entrado por la primera puerta de su escuela, ni puede ser su discípulo quien no renuncia todo lo que posee.»

¹ 2.^a Semana. — ² Luc. XIV, 33.

CAPÍTULO XXVI.

DE OTRAS RAZONES PORQUE EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES SE HA DE EMPEZAR POR LA HUMILDAD.

HAY tambien otras razones porque este ejercicio de la humildad haya de ser el primero en los proficientes. Y una de ellas es, porque la humildad es el fundamento de la vida espiritual; y claro está, que lo primero en cualquier edificio ha de ser el fundamento. Si piensas levantar alguna grande fábrica de virtudes, dice san Agustin ¹, trata primero del fundamento de la humildad; y cuanto fuere mayor la máquina del edificio que uno pretende levantar, tanto ahonda más el fundamento. Y es mucho de considerar que el que va fabricando, sube á lo alto, y el que cava el fundamento, baja á lo profundo. Luego segun eso, antes de edificar hácia arriba, es menester edificar hácia abajo; y así la fábrica antes de levantarse se humilla, y la cumbre despues de haberse humillado se levanta. Y más abajo dice el mismo santo: Porque la cumbre de este edificio espiritual es muy alta, trata primero del fundamento. ¿Qué fundamento? Apréndelo de aquel Señor, que dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; asienta en lo más profundo dentro de tí este fundamento de la humildad, y llegarás á la cumbre de la caridad: esto dice san Agustin.

¹ Aug. de verbis Domini, serm. 10.